

Tan noble y tan constante, y tan hidalgo?
No sé, pero Don Juan marchóse á Cádiz
Tal vez huyendo del destino ingrato,
Y ¡nada la diré! que á hablar, mi acero
Pronunciara mi afrenta, no mi labio.
Así exclamó Don Juan, y Elvira triste
Buscó consuelos en el viejo avaro,
Y el viejo aconsejándose del fraile,
Y los dos inspirados por el diablo
Le dieron un convento... ¡Digna tumba
Que recoge los vivos olvidados!

VI.

Tumba, ó cárcel de dolor,
Santa morada escojida,
O *in pacem* donde la vida
Se apaga sin un rumor;
Altar de puro esplendor,
Asilo, sagrado puerto,
O árido y triste desierto
Es la celda, donde vivo,
Late un corazon cautivo
Dentro del cuerpo de un muerto.

Allí está Elvira, contando
Los siglos que un hora tiene,
Porque el tiempo se detiene
Para el que vive llorando.
Allí está Elvira, soñando
En su pasado contento,

Y es tan grande su tormento,
Que hasta finje, que es locura
Toda la horrible amargura
Que encierra su pensamiento.

Elvira, ¡Tus veinte abriles,
Tu radiante juventud
La vés dentro el atahud
De tus hábitos monjiles
No más sueños ni caviles!
Acariciando ilusiones
Que los fúnebres crespones
Que te envuelven, son sudario,
Que visten en su calvario
A los muertos corazones.

En esa mansion de duelo
Y de silencio profundo,
Dá un eterno adios al mundo
Quien quiere alcanzar el Cielo.
Si el corazon en su anhelo
Despierta y lanzarse quiere,
A otra rejion que prefiere
Su amor y su inteligencia,
Oye cual mortal sentencia,
¡Monja desespera y muere!

En el convento, á morir
Viene el humano soñar,
Él acaba por matar
La voluntad y el sentir,
El corazon su latir



JUNTA DE ANDALUCIA

Suspende, y así acreditan
Ser los séres que se ajitan
En los claustros tenebrosos,
Cadáveres silenciosos
Que se mueven y palpitan.

No hay esperanza. La losa
Sobre el cadáver se cierra
La vida, vive en la tierra,
No en la tumba silenciosa.
En esa celda medrosa,
Se apaga el humano ruido,
Y el corazón dolorido,
En ese sepulcro yerto,
Si lucha por no estar muerto,
Tiene que vivir dormido.

Mártir, que tus crudas penas
Y tu amarga vida lloras,
Y á Cristo con llanto imploras,
Porque quiebre tus cadenas;
Si fuego corre en tus venas
¿Porque no tienes poder
Para esa cárcel romper
Si ella te arrastra á morir,
Pues que el dejar de sentir
Es como dejar de ser?....

Mas ¡ay! encuentro razón
A tan grande crueldad.
Quien vive sin voluntad
Que viva sin corazón.
Pues siendo en esa prisión
La mujer, estatua inerte,
Fuera en verdad cosa fuerte

Dar al alma adormecida,
 Los encantos de la vida
 Puesta en brazos de la muerte.

Elvira, ¡Elvira! murieron
 Para siempre tus amores,
 Se marchitaron las flores
 Que ante tus ojos se abrieron,
 Entre nieblas se escondieron
 Tus deseos más queridos,
 Y si en tu celda los ruidos
 De amor y dicha percibes,
 Sabes que alientas, que vives,
 ¡Vives! pero sin sentidos.

VII.

¡Mañanas de Abril y Mayo,

Dulces mañanas risueñas
 Tan adornadas de flores,
 Tan jenerosas de esencias,
 Yá no vereis las sonrisas
 De aquella gentil doncella
 Que en su semblante pintada
 Llevaba la primavera.

¿Dentro del convento oscuro
 Vuestros céfiros resuenan
 El cántico de la vida
 Del amor y la belleza?...
 No! Pasais sobre los muertos,
 No arrullais sus frentes yertas.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Murieron para tí Elvira
Las áurás de primavera.
¡Ay! golondrinas oscuras
Que en trinos y dulces quejas,
Llamais á la hermosa niña
Que era vuestra compañera,
Tejed el amante nido
En otra mansion risueña,
Que Elvira, os manda del claustro
Su despedida postrera.

Para Elvira, el sol no luce,
Ni aves, ni flores encuentra,
Las nieves del crudo invierno
Dentro de su pecho encierra.
Sus hábitos, son el traje,
Símbolo de la tristeza,
Y entre sus olas amargas,
Sus pensamientos navegan.

Tan solo la pobre Elvira,
En el monasterio encuentra
Un encanto, y un consuelo
Para aliviar sus querellas.
Que hay en el claustro una monja
Mucho más jóven que ella,
Inocente como un ángel,
Linda como una azucena.
Por quien siente tal cariño,
Y tan simpática fuerza,
Que sólo Elvira no llora
Cuando conversa con ella
En el pobre huertecillo
Que los cipreses sombrean.

No sé qué mira la triste
 Elvira, en la monja bella,
 Ni sé qué imán misterioso
 Confunde sus almas tiernas,
 Mas es lo cierto que Elvira
 Su dulce compañía anhela,
 Y en sus ojos de paloma
 Un sol de ventura encuentra,
 Y como la desventura
 Dá tal caudal de experiencia,
 Y en el rostro, no los años,
 Y sí el dolor marca huellas,
 Elvira parece madre
 De Inés pura, por quien vela
 Con el afán que envidiara
 La madre más verdadera.

Una tarde Elvira triste
 Sentada en rústica piedra,
 Miraba á Inés, que dá al viento
 Las hojas blancas y bellas,
 De una pobre margarita,
 De amor misterioso emblema,
 Y así le habló con acento
 Que apénara á la tristeza:

—¿En qué piensas Inés?

—Pues, pienso en nada!

Y vos, ¿en qué pensais? Alguna cuita

Os tiene acongojada,

—Las hojas de esa pobre margarita



JUNTA DE ANDALUCIA

P. C. Monumentos de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Que daba al viento tu inocente mano,
Arrancó mi pregunta, que indiscreta
Ha abierto ante tus ojos, el arcano
Que á esa flor misteriosa se sujeta.
—¿Tiene una flor misterios?

—En el mundo
Esa flor para el alma enamorada,
Es del recuerdo manantial fecundo.
Esa flor por un alma preguntada
Dá de amor en sus pétalos, medida,
Por ella sabe la mujer, si amada
Es por el hombre á quien le dió la vida.
—¿Qué me decís?... No entiende el pensamiento
Vuestras palabras.... Misterioso ritmo,
Me parece escuchar en vuestro acento...
Mas no lo entiendo á fé...

—Niña inocente
Elvira suspiró. Di, ¿no has amado?...
—¡Amar! pues ya lo creo, sonriente
Las niña contestó: ¿Quién no ha adorado?...
Mi alma cifra su anhelo
En morir por el Dios á quien adoro:
Idolatro á su Madre, y amo el coro
De mártires y vírgenes del Cielo.
—¡Oh inocencia feliz! murmuró Elvira.
No te hablaba mi alma,
De ese amor dulce que oracion inspira;
Te hablaba de otro amor, menos sublime,
De amor que al pecho oprime,
De amor que roba nuestra dicha y calma.
—Yá, vos quereis decir si amo á las flores
A las pintadas flores que aquí crecen,

Pues ya lo creo que sí, ¡si són tan bellas!
 Mas, yo no siento aquesos sinsabores
 Tal vez yo no las ame cual merecen;
 Por eso para mí no muestran ellas,
 Esas historias que mirais escritas
 En las puras y humildes margaritas.
 Yo me arrepiento.

—Nó, de amor el nombre
 No resuene en tu pecho adormecido,
 Que no es amor, el inocente anhelo
 Que embellece tu pecho enardecido.
 Amor, es otro afecto dedicado
 A alzar un trono al hombre, que nos ama,
 Y dar por él la vida, en esa llama
 Que el corazon y el ánima devora.
 ¡Eso es Amor!

—¡Dejad que yo me asombre!
 A mí me han enseñado
 Que era un grave pecado amar á un hombre.
 —Perdóname ¡ay de mí! yo he mancillado
 Esa inocencia pura que atesora
 Tu alma de vírjen. Sí, niña inocente
 Yo he desgarrado en mi quebranto fiero,
 La virjinal corona de tu frente,
 Mostrándote el arcano
 Del amor mundanal.

—Mas, si yo quiero
 A un hombre...

—¡A un hombre!
 Sí, á mi hermano.
 No es pecado quererlo, sí lo fuera
 Si al amor de mi Dios le prefiriera.



—¡Es verdad, es verdad! murmuró Elvira
Lágrimas tristes de dolor vertiendo,
Y entre amargas sonrisas escondiendo
El sollozo mortal con que respira.
—A mi hermano, le quiero, cuanto puede
El cariño humanal que se concilia
Con el amor que del divino escede,
Él es mi protector y mi familia.
Huérfana me quedé desde la cuna,
Él sólo me quedó para consuelo
De mi amarga fortuna,
Y á los dos nos aguardan en el Cielo,
Los brazos cariñosos
De nuestros buenos padres amorosos.
De él habreis oido hablar, porque en el mundo
De alto renombre goza,
Por su mucha nobleza y gallardía,
El nombre tiene de D. Juan Mendoza
El hermano que adora el alma mía.

Cual pasa sobre el náufrago infelice
La onda gigante que la muerte lleva
En su seno espantoso, y al abismo
Arrastra al infeliz sobre quien pesa;
Así, pasó aquel nombre sobre el alma
De la infeliz Elvira, que sin fuerzas,
Le parece flotar sobre las ondas
Del mar amargo que en su pecho lleva.
¡Ay! ni pudo llorar, ni dar un grito,
No exhaló ni un suspiro, ni una queja:

Inés siguió su relación sencilla,
 Y como por desgracia la inocencia
 Es tan feroz y despiadada á veces,
 En un puñal se convirtió su lengua.
 ¿Qué dijo á Elvira, que exhalando un grito
 Cayó á las plantas de la vírjen bella,
 Estendiendo las manos suplicantes,
 Y entre raudal de lágrimas acerbas,
 Demandando sin voz, sí con sollozos,
 Mate su vida con mortal sentencia?
 Huir quiere Inés, Elvira enloquecida
 Por su nevado traje la sujeta,
 Y—tú, me lo dirás; tú, que has herido
 Del corazón las llagas encubiertas.
 ¿Dime, es verdad, lo que dijiste ahora?
 Otra mujer es la dichosa dueña
 Del amor de Don Juan, y yo viviendo
 Mi infortunio he de ver en dicha ajena.
 ¿Gozará otra mujer de sus caricias?...
 Respóndeme por Dios, porque me hiela
 Ese silencio atroz, que me parece
 La tumba horrible de mis dichas muertas.
 Inés llena de espanto, sí, responde:
 —¡Todo es verdad! y la inocente besa
 La frente helada de la triste Elvira
 Que estatua del dolor yace por tierra.

Un mes pasó y Elvira infortunada,
 Ni en el sagrado templo á Dios eleva
 Fervorosa plegaria, ni un instante